



# EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

## SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE  
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

### ARTÍCULO 12.º (I)

Había enviado el Papa por Nuncio extraordinario para concluir la causa del arzobispo á Pedro Camayani, mandándole terminantemente que no volviese á Roma sin la persona y el proceso. Anhelando la rehabilitación del infeliz prelado, dirigióle además un breve fechado en el Vaticano á 30 de julio en que, después de manifestar el escándalo que causaba al mundo católico y á la Europa entera la prolongación de los procedimientos contra Carranza, y el dolor de la Santa Sede por los sufrimientos de uno de sus hijos, ordenaba espresamente al Nuncio, con amenaza de pecado de desobediencia y excomunión, que apenas llegase á Madrid intimase con las mismas penas al arzobispo de Sevilla, al Consejo de

la Inquisición y á cuantas personas mediasen en el negocio la revocación absoluta de todas las facultades que se les hubiesen concedido relativamente á la persona y proceso del primado de España; imponiéndoles precepto de obediencia con excomunión lata para que inmediatamente y sin dilación ni excusa pusiesen en libertad al arzobispo de Toledo y entregasen el proceso íntegro y original al Nuncio para llevarlo á Roma, ampliando las mismas censuras á cuantos tuviesen papeles relativos á la causa y no los entregasen inmediatamente. Libre de cárcel el prelado y después de nombrar gobernador de su silla, debía intimarle solemnemente el Nuncio el decreto que le mandaba presentarse en Roma para el curso y sentencia de su causa.

Parecía que con tal rigor de censuras y tanta decisión en las órdenes de un Papa como Pío V que con tanta firmeza manejaba las armas eclesiásticas, el negocio del arzobispo de Toledo era un asunto que tocaba á su conclusión. No fué así. Felipe II respondió á Su Santidad que, reconociendo su competencia en causas meramente es-

*Madrid 24 de octubre de 1841*

(I) Véanse los doce números anteriores.

pirituales, se hallaba dispuesto á obedecer; pero que no consentiría jamás que se sacase con tanto estrépito y premura de su reino á un personage procesado hacia seis años con acuerdo de sus predecesores. Carranza no fué puesto en libertad: contentóse el rey con señalar el puerto de Cartajena como punto de embarque, disponiendo que un destacamento de su guardia fuese á buscarle á Valladolid, mientras se reunían los papeles necesarios y los autos se arreglaban. Apenas llegó esta noticia al cabildo de Toledo, resolvió que marchase inmediatamente á Roma un prebendado de su iglesia para que nada faltase al arzobispo, suplicando á Su Santidad pronto remedio para sus males.

A los siete años y tres meses de su prision, en 5 de diciembre de 1566, salió Bartolomé Carranza de Valladolid: acompañábanle el inquisidor don Diego Gonzalez y don Lope de Avellaneda: seguíanle sus criados y llevaba por escolta un escuadron de la guardia real de caballería. Caminaba en litera ó en mula, alternativamente, como mas le acomodaba: en todos los puntos por donde pasaba la comitiva, hacíanle los honores debidos á la dignidad arzobispal: marchó por el puerto de Guadarrama, Barajas, San Martín de la Vega, Aranjuez, Ocaña, la Roda, hasta entrar el 31 de diciembre en Cartajena. Para un anciano privado por tanto tiempo de ejercicio y de la vista de los

campos, debió ser el viage delicioso; así es que al ver el aspecto lejano del Mediterráneo se volvió á fray Antonio de Utrilla para recordar los alegres dias en que jóven aun se embarcó por primera vez lleno de esperanzas y de ambicion para esa misma Roma, adonde caminaba ya viejo, enfermo y quebrantado por los vaivenes de la fortuna.

Pusiéronle en el castillo con título de alojamiento, quedando encargado de su persona el capitán general: el inquisidor Gonzalez y la guardia real volvieron á Valladolid. Así permaneció cuatro meses Carranza, mientras se arreglaba en el Santo Oficio el asombroso cúmulo de papeles que formaban su proceso. Volvió á amenazar el Nuncio con censuras á los comisionados, y entonces se entregaron los autos aunque incompletos por premura y mala fé: llegó en fin á Cartajena don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, nombrado gobernador general de los Países bajos, que pasaba á Bruselas á tomar posesion de su destino; y en la armada que lo conducía se embarcó el arzobispo de Toledo. Embarcaronse con él y á su costa, además de sus criados, el guarda mayor don Lope de Avellaneda; los consejeros de la Inquisicion don Antonio de Pazos y don Diego de Simancas, obispo electo de Ciudad-Rodrigo; el Inquisidor de Calahorra don Pedro Fernandez de Temiño;



el fiscal del consejo don Gerónimo Ramirez, Sebastian de Landeta y Alonso de Castellon, secretarios del Santo Oficio de Valladolid, con otros varios ministros subalternos. Iban tambien con él sus defensores don Martin de Alpizcueta y don Alonso Delgado. En la galera *Capitana* de Nápoles, mandada por Andréa Doria viajaban el duque de Alba y el arzobispo de Toledo: aquel ocupaba la popa y este la escotilla del buque, con los secretarios de la Inquisicion. Levaron ancla en domingo 27 de abril de 1567 con harto recelo de las galeotas de turcos que infestaban el Mediterráneo; y en el camino hallaron al conde de Altamira que cruzaba en aquellas aguas con doce galeras para asegurar la comunicacion con Italia. Llegó el convoy á Génova donde desembarcó el duque de Alba para pasar á Flandes inmediatamente: el arzobispo descansó ocho días, y cuando en 18 de mayo volvieron á navegar las galeras, ocupaba ya la popa de la Capitana en vez de la escotilla que le habia producido frecuentes maréos. Al amanecer del séptimo día encontrósse la armada á vista de Civita-vecchia.

Hallábase allí de antemano para recibir al prisionero el señor de Martorell don Luis de Requesens y Zúñiga, embajador de España, con grande comitiva y ostentacion: acompañábale para escoltarle Paulo Xislerio, sobrino del Pontífice y capitán de su guardia, con una

compañía de caballos. Alojósse Carranza en los aposentos que le habia destinado la autoridad, que pasó á cumplimentarle y á ofrecérsele segun las órdenes de su gobierno. Don Lope de Avellaneda entregó en forma al embajador la persona del arzobispo quedando en su cargo por delegacion. Pusiéronse luego en camino, y marchando el prelado en litera, entre la mucha gente que se habia reunido para presenciar su llegada, entraron el día 28 de mayo en Roma pasando á ocupar el arzobispo una parte del castillo de Sant-ángelo. Sus habitaciones eran las que servian á los Papas durante su residencia: aumentáronsele tres criados mas para su servicio: desde sus ventanas gozaba de la vista del Tiber y de los campos; tenia permiso para pasear por las galerías superiores, fortificando su salud con el aire libre y haciendo un ejercicio que de mucho tiempo le faltaba. Recibia visitas de algunos españoles establecidos en aquella capital, y por orden de Pío V nadie le hablaba de su proceso por no aflijir su imaginacion, al mismo tiempo que se le autorizó para confesarse en el primer jubileo y posteriormente cuatro veces al año. El buen trato y las esperanzas abrieron otro horizonte al desgraciado arzobispo: quedaban sirviéndole sus dos fieles pages fray Antonio de Utrilla y Jorge Muñoz de Carrascosa: el primero, educado por Carranza, no le habia dejado nun-



ca, y cuando le prendieron en Tordelaguna no durmió en diez y nueve noches agoviado de tristeza: temieron los médicos que perdiese el juicio; las amonestaciones cristianas, la dulzura de su maestro calmaron su impaciencia é indignacion, prometiéndose no abandonarle en el infortunio. Tampoco se hallaba dispuesto á dejarle Carrasposa, pero estaba casado en España; al saberlo el arzobispo, se hizo escrúpulo de la separacion conyugal y le mandó volver con una pensión á la península.

Nombró Pio V diez y seis consultores para el proceso: el cardenal Reviva, arzobispo de Pisa, patriarca de Constantinopla; el cardenal Pacheco, primer arzobispo de Burgos, protector de España; el cardenal Gambaya, obispo de Viterbo, los tres, supremos inquisidores; el cardenal Chiesa, prefecto de la signatura de justicia; el arzobispo de Tarragona don Gaspar de Cervantes; don Diego de Simancas, obispo de Ciudad-Rodrigo; el obispo de Pati, don Antonio Mauricio de Pazos; don fray Rodrigo de Vaillo, ex-general de los monjes benedictinos, obispo de Cefalonía; don Pedro Fernandez de Temiño, consejero de la Inquisicion de España; el dominicano fray Tomas Manrique, maestro del sacro palacio; el arzobispo de Santa Severina, Juan Antonio Sartorio, diputado del Santo-Oficio español; el obispo de Santa-Agata, fray Félix Peretti;

el obispo de Arezzo, Eustaquio Lucatelli; el doctor Artimo, auditor de causas del sacro palacio apostólico, y el obispo de Fiésoli, Pedro Camayano. La mitad de los consultores se componia de prelados españoles: la otra mitad de naturales de Italia. Dos secretarios fueron de un pais y dos del otro: nombróse fiscal al que desempeñaba este cargo en el Consejo de la Inquisicion. De este modo quiso Pio V guardar en la causa la mas completa imparcialidad.

Pero ni aun así pudo lograr que se decidiese prontamente. Echáronse de menos papeles importantes, documentos relativos al proceso, y en breves distintos mandó Su Santidad que se remitiesen á Roma. Comenzóse la traduccion de los autos, tarea larga y penosa á causa de su prodigiosa estension y de la delicadeza con que habia de procederse á este trabajo: empleábanse en él seis horas diarias, y el proceso se guardaba luego con los papeles en un arca con doce llaves para evitar cualquier falsificacion. Recusó el fiscal al dominicano fray Tomas Manrique como amigo de Carranza; admitió la escepcion el Pontífice y nombró en su lugar al doctor Toledo, de la compañía de Jesus, que tambien fué recusado por su parentesco con don Antonio de Toledo, prior de la orden de San Juan de Jerusalem, íntimo y antiguo amigo del primado. Hecha la traduccion y empezadas las con-



ferencias entre los consultores, pidió el fiscal que no tuviese valor ninguna sin la presencia del Papa: las importantes ocupaciones del jefe de la iglesia le quitaban asistir muchos dias, y así esta disposicion prolongaba considerablemente el proceso. Mas entretanto obsequiaban los cardenales á los jueces españoles, y en sus audiencias públicas celebraba el Pontífice con ardientes alabanzas y singulares encomios la cristiandad y la grandeza de Felipe II.

El cabildo de Toledo sentia mas cada vez la falta de su prelado: dos de sus canónigos se presentaron al Papa con una carta en que le pedia aquella corporacion su favor, en cuanto lo permitieran la religion y la justicia, en el proceso de Carranza, tanto por las cualidades de su persona y el decoro de su dignidad, como por el consuelo de la primer iglesia de España, huérfana ocho años habia, y suspirando por su cabeza. Respondió en 20 de julio Pío V á aquella corporacion que habia leído con agrado su carta porque demostraba nobleza de pensamientos y compasion á su prelado, ofreciendo despachar la causa con brevedad cuando su traduccion concluyese, y encargando implorar para el acierto el auxilio del Espíritu Santo. El cabildo de Toledo acordó entonces tres procesiones de rogativas públicas, y luego con ocasion de la muerte del gobernador del arzobispado, don Gomez

Tellez Giron, repitió en 23 de julio de 1569 sus súplicas al Papa. Manifestó el Pontífice en su bondadosa contestacion el sentimiento que le cabia por no poder adelantar mas el proceso en razon á su delicada calidad y á sus graves é imprescindibles ocupaciones: «Sin embargo, añade, esperamos que se acabe pronto; porque la causa se halla en tal estado que parece imposible tardar ya mucho su decision, la cual celaremos eficazmente que se verifique cuanto antes, como lo hemos procurado hasta ahora.»

Antes de fallar el proceso, juzgó conveniente Pío V enterarse mas á fondo de su estado, y advirtió entonces que faltaban papeles de importancia propios para aclarar mucho la cuestion; y con objeto de reunir toda clase de datos, y de hacer notar á Felipe II el desórden con que habia venido la causa, despachó á Juan de Bedoya, agente del Consejo de la Inquisicion, con un breve para el rey en que, sin designarle precisamente el asunto de la comision que traia, se espresaba en estos términos; «Le hemos mandado que en nuestro nombre manifieste á Tu Magestad ciertas cosas pertenecientes al Santo Oficio de la Inquisicion, que no hemos considerado dignas de fiar á la pluma: rogamos en el Señor á Tu Magestad que dé crédito á la narracion de Bedoya y le oiga con benignidad y humanidad como sue- de hacerlo con todos; y tenemos



«por cierto que Tu Magestad nada «omitirá en modo alguno para la «pronta y continua ejecucion de estas cosas que pertenecen al obsequio de Dios omnipotente.»—Tuvo el enviado del Pontífice varias conferencias con el monarca que espidió las órdenes convenientes para buscar muchos papeles relativos á la causa y remitirlos á Roma.

Deseaba el Papa con impaciencia sentenciar el proceso del arzobispo, pero su fallo habia de condenar forzosamente á la Inquisicion de España. Peligrosa era tal resolucion en aquellos momentos de apuro y de negociaciones, en que, amenazada la cristiandad por el creciente influjo de la Turquía, se hallaba pendiente de la respuesta del monarca español. Pio V, autor y agente de la Liga contra los otomanos, reclamaba la cooperacion de Felipe II, y con el objeto de arreglar el envío de una armada, despachó á Madrid al cardenal Alejandro. Visitó este prelado la iglesia de Toledo, y alojado en el palacio arzobispal y obsequiado por los canónigos, no oyó mas que súplicas por el arzobispo procesado: aunque impropio ostensiblemente de su comision, este negocio no pudo menos de ocuparle; mas la firmeza del rey deshizo sus proyectos, mandándole dejar este complicado asunto á la decision del tribunal.

Entretanto habia preparado Pio V su sentencia definitiva y envió el borrador á Felipe II con su cama-

nero Alejandro Casali. Declárase en ella no probada la acusacion fiscal contra la persona del arzobispo respecto al crimen de heregia, absolviéndole por consiguiente de la instancia y mandando que le fuese devuelto el *Catecismo* para ponerlo en latin, corregirlo y aclarar en sentido católico todas las proposiciones censuradas con nota teológica en el proceso, cuya medida dejaba intacta la prohibicion del Inquisidor general de España: las mismas disposiciones debian observarse en la *Exposicion de la epistola canónica de San Juan*; mas en cuanto á las obras inéditas, prohibíase su impresion y publicacion sin las correcciones y aclaraciones necesarias para que cesasen los peligros de ser entendidas en el sentido por los censores reprobado.—Sospechó Felipe II que esta sentencia tenia por objeto humillar al Santo-Oficio de España, pintándole como vengativo y ligero á los ojos de la Europa; y animado de estos sentimientos, escribió al Papa una carta en términos corteses pero que manifestaban cuán difícil se le hacia creer que tantos errores luteranos como los libros de Carranza contenian fuese mera casualidad y no un resultado de la intencion y creencia de su autor; por lo cual rogábasele que suspendiese toda sentencia mientras no volviese á Roma Alejandro Casali con papeles que confirmarian la exactitud de sus opiniones. Envío en efecto con el

agente del Papa, corriente el año de 1572, dos folletos escritos por aquel tiempo: era el uno la refutación de la apología publicada por los defensores del arzobispo: era el otro una nueva calificación del Catecismo, escrita por el doctor Balbas, abad mayor de Alcalá de Henares.

Cuando llegó Casali á Roma acababa Pio V de morir, y ocupaba la silla pontificia el ex-legado apóstólico en España, Hugo Buoncompagni que tomó al subir al trono el nombre de Gregorio XIII.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

**EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL;  
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES  
Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.**

(Continuacion.)

Nuestros poetas, pues, teórica y prácticamente conocieron lo que debía ser el teatro moderno, y acertaron en ello, como despues probaremos; y no la vil ganancia, ni el deseo de popularidad y de efímeros aplausos, fueron, como se ha dicho alguna vez, el móvil que impulsó á nuestros mas sobresalientes ingenios á adoptar la marcha audaz y triunfal de sus comedias: fuélo sí la comprension intuitiva de la sociedad, de las costumbres y sentimientos del pueblo español.

Mas volviendo á las comedias del autor de la *Bética*, y dejando para otro lugar el exámen de lo perjudicial que

pudo ser á la perfeccion del drama, la indefinida libertad, que nuestros poetas se permitieron, se vé en aquellas, como antes hemos anunciado, elevada la versificación y la dramática á ese tono altivo, grandioso y sublime, que es el caracter distintivo del teatro español. En *el Sago de Roma*, que tiene por objeto el célebre asalto y toma de esta ciudad por el general Borbon en tiempo de Carlos V., hay grandeza en los sentimientos y en la versificación, y son notables por su fuerza y energía los versos siguientes:

«Estraño ha sido el riguroso estrago,  
Que en Roma habernos hecho con victoria,  
Dándole el justo y merecido pago  
A su loca y altiva vanagloria.  
Lástima daba ver el rojo lago,  
Que por las calles iba, cuya historia  
Roma celebrará en eterno llanto,  
Y á España ensalzará en divino canto.» (1)

Pero la comedia, donde campea mas ese tinte caballeresco y heroico de nuestra literatura dramática, es la del *Infamador*, del mismo Juan de la Cueva, representada por Alonso Cisneros en 1581. Eliodora, doncella honesta, resiste todos las insinuaciones de Leucino. Este, viendo inútiles sus esfuerzos, pretende forzarla: ella mata al criado que quiere arrebatlarla; llega la justicia, y Leucino la infama diciendo haberla correspondido por espacio de dos años, pero queramaba verdaderamente á su criado, á quien Eliodora ha dado muerte,

(1) Página 237, tomo primero del *Tesoro del Teatro español*, del señor Ochoa. Edicion de Paris de 1858.



zelosa por haberlo descubierto á su señor. Venus, Nemesis, Morfeo, Diana, y varios salvages enviados por esta, son personajes en esta comedia. Condenada Eliodora á muerte, Diana defiende la cárcel por medio de dos salvages, hace que Leucino se retracte, y sabida la verdad, sentencia á pena de fuego á Farandon, que habia declarado contra Eliodora, y á Leucino á ser echado al rio Bétis, pena que la Diosa á instancia de este conmuta en la de ser enterrado vivo. Esta comedia se halla vaciada en ese tipo maravilloso y elevado de nuestras costumbres, y es muy notable para conocer la fuerza del sentimiento del honor el diálogo de los padres de Eliodora y Leucino, pidiendo cada uno al juez que su hijo sea el condenado, y la siguiente exclamacion de Ireano, padre de la primera.

«Rompa la voz de mi lloroso acento  
Las sidereas regiones; oiga el mundo  
Mi mal, y la crueza, que hoy intento;  
Y nadie entienda, que en crueza fundo  
Dar á mi hija muerte, cual dar quiero,  
Ni que me inspira furia del profundo:  
Que yo no tengo el corazon de acero,  
Ni nací de los riscos y montañas,  
Ni me crió Dragon, ni tigre fiero.  
Hombre soy, de hombre tengo las entrañas:  
Tiernamente cual hombre me lastimo,  
Y lloro mis fatigas tan estrañas.  
Mas deste sentimiento me reprimo,  
Viéndome por mi hija en tal afrenta,  
Que su muerte no siento, y mi honra estimo:  
Y así, aunque muera, es causa que no sienta  
Con la ternura, que debía, su muerte,  
Viendo ser ella la que así me afrenta  
Ejemplo es este, que al varon mas fuerte,  
Y de mayor constancia, pondrá espanto.  
Pudo el honor de Ipodamante tanto,

Viendo su hija de Archeloo forzada,  
Que le dió muerte sin oír su llanto;  
Orcamo enterró viva su hija amada,  
Porque la robó Apolo su pureza,  
Dándola así á su honor sacrificada:  
Pues si dostos se canta por grandeza,  
Dar á sus hijas muerte por su honra,  
Dársela yo á la mia no es crueza;  
Que no me ofende menos, ni deshonra  
La maldad, que mi hija ha cometido,  
Si la nobleza de quien soy me honra.» (1)

F. G. DE MORON.

## SEGUNDA SECCION.

### AMENA LITERATURA.

#### LA AMISTAD DEL REY.

HISTORIA DEL TIEMPO DE LUIS XIV.

(Conclusion.) (2)

Con efecto, el gran Condé terminó á pié la revista, diciendo con aquella despegada viveza que le hacia adorar del soldado:

—He dado mi caballo al jóven Lavauguyon que se ha batido bien en Besanzon y á quien no habian recompensado. ¿Lo entendeis, buenas gentes? Se llama Lavauguyon: acordaos de este nombre, y sabed que de mí siempre se obtiene justicia.

(1) Página 280 del primer tomo de la citada coleccion de Ochoa.

(2) Véase el número anterior.



Una sola vez en su vida pensó el rey en el caballero, y esto porque tuvo necesidad de él. Erale preciso enviar á Aix-la-Chapelle, un hombre seguro y discreto, para preparar el tratado de paz con la España. Luis XIV quería emplear en esta mision uno de sus favoritos y propuso á Letelhir de emplear á Lauzun ó Villeroz; pero el ministro no juzgó prudente que amigos de circunstancias llenarian bien un encargo, que para echarse á perder bastaba el conocimiento de sus nombres. A fuerza de discurrir, S. M. se fijó en Lavauguyon. Partió para Alemania, consiguió cuanto apetecia, precisamente á causa de su modestia. Causaba admiracion en san German su celo y habilidad. Cierta dia que se hablaba de él al *levé* del rey, el príncipe de Condé dijo á este, que si queria cederle al caballero haria de él su mano derecha: el rey, que tenia celos del príncipe, respondió con enfado, que el aprecio que manifestaba su primo al caballero era una razon mas para que lo conservára á su lado. En seguida concedió la embajada de Dinamarca á Lavauguyon, quien debió á un arrebato del príncipe, lo que no habia alcanzado por sus buenos servicios.

La época en que el conde de Lavauguyon fué dichoso, nada ofrece de particular: se condujo como hombre de talento y los ministros quedaron satisfechos de su eleccion. Como era raro entre la nobleza el conocimiento de los idiomas, el caballero, que hablaba el español, fué trasladado de la embajada de Dinamarca á la de España. Permaneció en Madrid hasta la grande lig

que esta potencia formó con la Francia contra el emperador y los holandeses.

A poder ser olvidado un embajador, Lavauguyon lo hubiera sido sin duda alguna; pero era imposible dejar abandonado á un hombre que habia representado al rey. Fué nombrado consejero de Estado; S. M. le dió por sí mismo la noticia delante de la córte y le concedió libre entrada en su cuarto, lo que era un favor particular. Cierta dia en que el rey hacia una promocion de caballeros de su órden, se acercó á Lavauguyon y le dijo:

—Qué edad teneis?

—Ah! señor, contestó el escrupuloso caballero, treinta y cuatro años y se necesitan treinta y cinco.

El rey pasó á otro, pero volviéndose hácia él le dijo:

—Mi querido Lavauguyon, sois demasiado hombre de bien: en vuestra mano ha estado envejeceros un año mas: os tengo en la lista, y pediré una dispensa en vuestro favor.

Lavauguyon, consejero de estado y condecorado con las órdenes del rey, parecerá elevado al pináculo de la fortuna: precisamente desde esta época datan las desgracias que le condujeron al sepulcro.

Un hijo del primer matrimonio de su muger, cumplió la mayor edad y pidió cuentas. Conocido el carácter de nuestro héroe no hay para que asegurar que no faltaria un maravedí. Sus rentas se redujeron á la cuarta parte, y puso en venta el coche, reduciéndose todo lo posible.

Su muger le escribió la siguiente car-

ta.—Amigo mío: voy á cumplir cincuenta años: á esta edad puede uno dispensarse de fiestas y de placeres; nadie, excepto tú, me echará de menos en Versalles. Viviendo juntos pasaremos muchas privaciones. Tú necesitas un coche para acompañar al rey. Permíteme que me retire á nuestros estados de Lavauguyon, quedando tú en posesión de nuestra escasa renta. Es bien poco, pero con economía podrás presentarte en la corte. Te conozco demasiado para estar convencida que nunca pedirás nada á S. M. Dios me libre de reconvenirme por ello! Si es un defecto, es bien lijero y se halla recompensado por muchísimas virtudes. No me he despedido de ti, porque te hubieras opuesto á mi partida y mi resolución es inevitable. Todos los años, te espero durante una semana para que la pasemos juntos, y si el resto del tiempo eres feliz, yo lo seré también.

Apesar de todos los esfuerzos de Lavauguyon, la condesa permaneció firme en su propósito, é hizo bien, porque apenas le quedaba para sostenerse. Fuera del dinero, Lavauguyon poseía todas las cualidades de Gran Señor: asistía á las diversiones secretas de S. M. quien le apreciaba por su amabilidad y claridad de voz. Luis XIV aborrecía á los que tenían la voz ronca. Con los dones de que le habia dotado la naturaleza, nuestro caballero hubiera hecho una gran fortuna; pero carecía del talento de la intriga, y por grandes que fueran sus apuros jamás acudía al rey para que le socorriera.

Se jugaba mucho en la corte. El rey

gustaba del juego y animaba con su ejemplo y pagando las deudas que contraían sus cortesanos por esta razón. Lavauguyon jugaba también, pero siempre contando con su bolsa, y la fortuna no le era propicia. Para sostener el decoro y rango de su posición, tenia que hacer gastos mayores de los que le producían sus rentas y empleos, y se vió precisado á contraer deudas. Agréguese á esto que murió su muger y los bienes pasaron á otro poseedor.

Cuando se presentó en la corte de luto, todos manifestaron su sentimiento, y al participárselo le decían: es menester que hable vd. al rey del estado de sus negocios. Contando con el favor de S. M. está vd. muy poco adelantado.

El mismo rey le preguntó si le habían quedado los bienes de su muger.

—No señor, contestó el caballero: con ella he perdido cuanto poseía.

—Veremos de remediarlo, dijo el rey.

—Hágalo pronto V. M., replicó el caballero; porque no será justo que un hombre honrado con la amistad de V. M. se vea en poder de alguaciles.

—Tranquilizaos, le dijo el rey, yo atenderé á vuestras necesidades.

Confíase Lavauguyon en esta palabra, y jamás volvió á hablar al rey, y este, que como todos los príncipes, poseía la indiferencia peculiar á los grandes, que como de todo disfrutaban jamás se acuerdan de las privaciones ajenas, se olvidó de la misma del que llamaba diariamente su amigo.

Al cabo de seis meses, los acreedores empezaron á molestar al caballero en términos que se vió obligado á hablar á





S. M. : aprovechóse de la entrada que tenía en su cuarto, y una mañana, durante el tocador, le dijo:

—Me dispensará V. M. que le importune, hablándole de mis negocios?

—Hablad, mi querido Lavauguyon.

—Vuestra Magestad me había prometido socorrerme.

—Y tal es mi intencion invariable: ¿dudaríaís acaso de ella?

—No, señor; y en prueba, he pedido prestado.

—Bien hecho.

—Pero tengo que devolver el dinero, y vivir despues.

—Debeis mucho?

—Treinta mil libras.

—Es una friolera.

—Pero mucho para mí, que no tengo con qué pagarlas, y me han hecho perder el sueño.

—Conozco vuestra delicadeza y procuraremos que quedeis airoso.

—Menester es, señor; porque confieso á V. M. que perderé el juicio ó me levantaré la tapa de los sesos.

Desgraciadamente mientras Lavauguyon decia estas palabras, se pasaba el rey la camisa detrás de las cortinas, de modo que no oyó las últimas.

—Va os sacaremos de apuros, dijo S. M.

Entraron algunas otras personas, y cesó la conversacion. El rey no hubiera faltado á su palabra, si aquel mismo dia, algunas horas despues de esta conversacion, no se hubiera verificado la famosa aventura del viage de Marly, donde malparió la duquesa de Borgaña. S. M. que no podia achacar la culpa á otro

que á sí mismo, estuvo de tan mal humor que no pudo hablársele durante una semana. Los intereses de Lavauguyon se retrasaron. Durante tres meses enteros, se le vió con una paciencia increíble, de pié al lado de la cama del rey al levantarse y al acostarse, esperando que se acordáran de él. A S. M. no le ocurrió una sola vez tener tal recuerdo.

Lavauguyon era de carácter amable y complaciente. Muy profundas habian de ser sus penas para que se le traslucieran en el rostro. Mr. Bontemps que le apreciaba, le oyó un dia quejarse de la amistad de los príncipes.

—Ese sentimiento, decia Lavauguyon, no existe para las testas coronadas. Fuera de los aduladores y las queridas, nada hay para los reyes, y debe ser así, porque la amistad no se manifiesta verdaderamente sino en la desgracia, y ellos no los experimentan bastante grandes para ser abandonados de sus queridas y de los aduladores. Los ambiciosos les ofrecen un afecto que les basta: los ministros comparten sus trabajos: los confidentes interesados tienen siempre el oido atento y se disputan sus secretos; un amigo, es un mueble supérfluo que se abandona en un rincon y del que se cree no tener jamás necesidad.

—Sin embargo, contestó Bontemps, hay escepciones de esta regla, y vd. es una, que cuenta mas que otro alguno con la amistad del rey.

—Cierto que S. M. me dispensa un cariño extraordinario: ya vereis despues de mi muerte, cuál es mi opinion en este punto.

Mientras que sus acreedores le dejaban en paz, Lavauguyon llevaba con paciencia sus desgracias, pero el temor de un escándalo y la injusta deshonra que vá unida á los reveses de la fortuna le enardecían la sangre. Siendo el mas circunspecto y callado de los hombres, se le veía algunas veces gesticular solo, cuando creía que no le observaban. Con frecuencia, su ayuda de cámara le oía hablar alto en su cuarto durante la noche, y en tono que se traslucía la mayor grande exaltacion. El desgraciado conocía que se acercaba el momento en que su nombre iba á recibir una mancha, y su delicadeza era tan estremada que no podía resistir tan funesta crisis. En vez de sostenerse entre sí contra los reveses de la fortuna, los hombres cometen la injusticia de agregar una odiosa infamia á la pobreza. Cuando alcanzaremos un siglo, en que se guarden á los hombres las consideraciones que le son debidas apesar de haber perdido sus bienes? ¿Cuándo se hablará de una persona arruinada con el mismo respeto que antes de su desgracia? Nunca; y en los siglos venideros, los que como Lavauguyon caigan en el mismo abismo, serán tratados como él lo fué. ¿Pero no participamos nosotros de este inícuo sentimiento, contando la historia de este interesante personaje con una lijereza y descuido tal, que no empleáramos sin duda, á tratarse del hombre mas rico y poderoso de la corte de Luis XIV?

Aspés del esmero con que procuraba ocultar su situacion Mr. de Lavauguyon creyó reconocer un dia por una circuns-

tancia extraordinaria, que habian adivinado su secreto. Iba á jugar con frecuencia á las cartas, en casa de la viuda del presidente Pellot cuya sociedad era la mas escogida. Una noche, que jugaron hasta muy tarde, la presidenta hizo una apuesta contra el caballero: era de consideracion y no admitió, por lo cual le llamó cobarde. Imaginóse el desgraciado conde que se habian valido de aquella broma para echarle en cara su miseria: permaneció silencioso y sombrío hasta que se marcharon todos los contertulios. Luego que quedó solo, se dirigió á la señora de la casa, y le dijo con todos los síntomas de una cólera semejante á la locura y con voz terrible:

—¿Sabe vd., señora, á lo que se espone burlándose de mi pobreza? Usted ha sorprendido mi secreto; y si fuera usted un hombre, lo sepultaría en su corazon matándola por mi mano. Estoy arruinado, es cierto. He sido bastante cobarde para no aventurar al capricho de la suerte lo que puede prolongar mi existencia algunos dias mas, pero si se rien de mi pobreza, háganlo por detrás y no en mi cara, porque no podré sufrirlo. Ya se reirán á su placer cuando haya sucumbido: hasta entonces, créame vd., procure vd. guardar silencio, porque de lo contrario, no repararé en que es vd. muger, y la mataré.

—Dios mío! Mi querido Lavauguyon, esclamó muy asustada Madama Pellot, juro á vd. que ignoraba cual fuese su estado. Le he llamado á vd. cobarde por broma, no con mala intencion. Estoy tan sorprendida como aflijida de lo que acaba vd. de decirme. ¿Puedo serle á



vd. útil? Disponga vd. de mí, de mi crédito y de mi bolsillo.

—Gracias, respondió Lavauguyon arrojando llamas por los ojos; yo no pido favores con amenazas. Yo no acepto nada, sino de mano del rey.

—Pero... yo soy amiga de vd...

—Pruébemelo vd. siendo discreta: esto es lo único que exijo de vd. Poco me importa que vd. mienta asegurándome que no lo ha hecho de mala intención; lo que le repito á vd. por última vez es, que si dice una sola palabra de cuanto ha pasado, desgraciada de usted. No se burle vd. de mi estado, porque me acompañará al sepulcro.

Madama Pellot quiso renovar sus protestas; pero el conde le impuso silencio diciendo:

—Basta, señora: ya está usted advertida: usted sabrá cómo ha de manejarse.

El secreto fué guardado con la mas exacta escrupulosidad, porque la presidenta habia previsto las fatales consecuencias que se seguirian de revelarlo. Mr. de Lavauguyon continuó frecuentando su casa y jugando como antes sin que ninguno conociera el mal estado de sus negocios.

Durante muchas semanas, conservó el conde su semblante melancólico y sombrío, cuando de repente cambió de conducta. Su alegre rostro y sueltos movimientos á manera de los elegantes de la época, revelaban una total ausencia de cuidados. Buscaba asiduamente los placeres, y hablando de sus bienes, de compras, de carruages, de caballos ó propiedades. Nadie se admiraba, á

excepcion de Beauvais que conocia á punto fijo cual era su situacion.

Poco tiempo despues, en un corredor estrecho de palacio, nuestro caballero encontró á Mr. de Couternai, persona muy afable y en extremo política.

—Por qué me estorba usted el paso? le dijo el conde con tono brusco.

—No es culpa mia, respondió Mr. de Couternai, que falte espacio: voy á pegarme á la pared.

—Necesito todo el espacio, replicó Lavauguyon: vuélvase usted atrás ó definiéndose.

—Caballero, usted me provoca sin motivo.

—No importa: peleemos, porque no cederé una pulgada.

—Caballero, yo no me peleo con un loco.

Lavauguyon tiró de la espada y persiguió á Couternai hasta una galería, donde se encerró con llave. El rey que estaba solo en su despacho, oyendo aquel ruido, iba ya á informarse de quién le ocasionaba, cuando el conde se presentó fuera de sí, y se arrojó á los pies del rey, que no podia tolerar los escándalos ni las sorpresas:

—Qué tencis? le preguntó con voz conmovida.

—Suplico á V. M. mande que se me prenda y forme causa, porque habiéndome insultado Mr. de Couternai, he sacado la espada en vuestra casa, y he intentado matarlo en ella.

El rey que deseaba deshacerse de aquel hombre cuyos ademanos le inquietaban, le dijo con dulzura que se retirara, que él se informaria del asun-

to, para saber quién había sido el agresor. Ambos caballeros fueron encerrados en la Bastilla donde permanecieron seis meses, echándose mutuamente la culpa de la ocurrencia; y como no había testigos fué imposible averiguar la verdad. Al cabo de este tiempo los pusieron en libertad, concediéndoles de nuevo permiso de presentarse en la corte.

Apesar de estos acontecimientos ninguno reparaba en el estado de la cabeza de Mr. de Lavauguyon, apesar de que su trastorno era patente.

Hay una especie de locura contra la cual ninguno toma precauciones, y es la producida por la persecucion de una estrella adversa. En las desgracias hay grados que son mas ó menos soportables segun el temperamento de cada cual; pero contra el encarnizamiento del destino no hay razon que baste. A fuerza de ver desvanecidas sus esperanzas, Lavauguyon se rodeó de ideas quiméricas y de injusticias de la realidad. Por una singular debilidad de espíritu, se imaginó un día, que estaban satisfechos sus deseos, que el rey le había colmado de riquezas: y que en la corte no existia una fortuna superior á la suya. Sin embargo la realidad se le presentaba en medio de la mentira, y en tales momentos, su locura adquiria un carácter terrible de desesperacion. Algunos observadores llegaron á sospechar del mal estado de su cabeza: una estravagancia, mayor que las demas acabó de disipar todas las dudas.

Paseándose á pié una mañana en las alamedas de Versalles, se encontró un

page del príncipe de Condé que llevaba un caballo. Se acercó al page con política, elogió la hermosura del animal, y añadió que desearia montarlo, seguro de que no se enfadaria su amo. El page, viendo á un caballero ricamente vestido, condecorado con el gran cordon azul, no puso dificultad. Mr. de Lavauguyon montó el caballo y se encajó al trote en París, dejando admirado y plantado á mi hombre. El conde se presenta en la Bastilla, llama al gobernador, y le dice: que le prevenga un cuarto porque ha tenido la desgracia de disgustar al rey. El gobernador le declara, que sin una orden espresa no puede prender á nadie y se arma entre ambos la mas graciosa y rara disputa: envian á preguntar á Mr. de Pontchartrain, si quedará ó no encerrado el conde. Pontchartrain va á ver al rey, le informa del suceso y entonces conoce S. M. quién fué el culpable en el asunto de Conternai.

El baron de Beauvais, viene á París, y consigue á duras penas llevarse á Mr. de Lavauguyon en su coche. La aventura produjo el mayor escándalo. Cuando el conde se presentó de nuevo en la corte, todos huian de él. El rey le hablaba siempre con bondad, no le quitó ninguno de los privilegios que le había concedido; pero, ¡cosa rara! tampoco se informó del origen de su enfermedad, y anudó para su amigo los cordones de la bolsa, donde otros metian con frecuencia la mano hasta el codo. S. M. temió sin duda hacer gastos por un hombre que dentro de poco solo le serviría para ocupar una jaula en el hospital. Véase como la desgracia se



asemeja á esos pantanos, donde una vez entrado el pié mas se sumerge uno á medida que hace mayores esfuerzos para salir de ellos.

Pero este estado no podía prolongarse mucho tiempo. La posición de Mr. de Lavauguyon en Versalles era ridícula, porque huían de él como de un endémico. Un domingo á eso de las diez de la mañana, envió sus criados á misa y se encerró en su cuarto. No se sabe en que empleó las dos horas que permaneció encerrado: lo único que se encontró sobre la mesa fué una carta dirigida al rey. Al dar las doce en el reloj de Palacio, se oyeron dos pistoletazos. Corrieron al cuarto del conde y echaron abajo la puerta. Mr. de Lavauguyon estaba tendido en la cama sin movimiento: conservaba un pulso muy débil; pero los médicos se abstuvieron de hacerle recobrar la salud. Las dos balas le habían atravesado el pecho de parte á parte.

Mr. de Beauvais llevó la carta al rey. Decía así:

SEÑOR:

No son quejas las que dirijo á V. M. sino la humilde súplica de que me perdone mi última locura. Nada importa que haya perdido una vida que pudiera haber empleado útilmente en el servicio de V. M. Otros estarán prontos á sacrificarse, pero es necesario que no se les abandone como á mí, no sea que se quede V. M. sin caballeros. La pobreza es una consejera peligrosa: conduce á los hombres al punto en que me encuentro y debe V. M. cerrarle las puertas u palacio. Durante muchos años la

ha tenido V. M. á su lado en mi persona. Ha comido á la mesa de V. M.; le ha hecho compañía y ha confundido su triste cara con los placeres y las fiestas. Ha penetrado hasta la cabecera de la cama de V. M. quien no se ha desdénado de apretarle la mano. No lo vuelva á consentir V. M. considerando, que aun me quedaban veinte años que poder consagrar en su servicio. La he sufrido hasta el día que iba á manchar mi nombre: en tal extremo, he debido quitarme la vida por honor, por Vuestra Magestad. Si Dios se irrita por mi crimen, V. M. intercederá por mí, y en otro mundo mejor volveréis á ver á vuestro lado al

CONDE DE LAVAUGUYON.

Luis XIV esperimentó algun remordimiento al leer esta carta; púsose colorado y arrojó el papel al fuego sin hablar una sola palabra; pero se mantuvo triste hasta las tres de la tarde. El afortunado marqués de Dangeau que aun no sabia la noticia se inquietó por la tristeza del rey, y manifestó su sentimiento en voz bastante alta para que este le oyera.

—Quereis saber lo que tengo, caballero? Pues me afiije la muerte del único cortesano que me amaba de veras. Estoy descontento con todos vosotros que me arrancais sin cesar favores que no merecéis, sin que jamás me hayais hablado de Mr. de Lavauguyon, que era demasiado discreto para quejarse, y que mas que otro alguno necesitaba mi ayuda. Tengo mal humor contra mí mismo, porque tan pródigo como soy con los

ambiciosos, no he abierto una vez la mano para socorrer al amigo honrado y fiel.

Dichas estas palabras, el rey se marchó á tirar á los pájaros. Felizmente el tiempo era hermosísimo, y la cacería fué tan abundante que S. M. mató veinte y seis piezas, lo que le hizo recobrar la alegría, volviendo á Palacio del mejor humor. Los veinte y cuatro violines tocaron durante la cena temas nuevos y agradables: Madame de Maintenon no reprendió á nadie, lo que era un milagro patente. Se acostaron todos contentos en Versalles, y se durmieron tranquilamente sin acordarse que había faltado á la fiesta el conde de Lavau-guyon.

## ABRIL.

### TEATROS.—LO VIVO Y LO PINTADO.

—Los teatros empiezan á dar señales inequívocas de que el invierno será fecundo en acontecimientos dramáticos. Hasta el día, el teatro del Príncipe ha inaugurado la temporada con dos novedades de importancia. Ha sido la primera, la repetición del *Mulato*, de Mr. Roger de Beauvoir, que hallándose accidentalmente en esta corte, fué obsequiado por el señor Romea con la representación de su drama. Como españoles amantes de las glorias artísticas de nuestro país, tenemos la satisfacción de haber oído de boca del autor lo satisfecho que ha quedado de la ejecución del drama, deshacerse en elogios, y manifestar que en Francia no se ha hecho mejor. Esta opinion se ha con-

firmado por diferentes amigos del autor, literatos franceses residentes en Madrid, con cuya amistad nos honramos.

La segunda, y mas importante, ha sido la representación de *Lo vivo y lo pintado*, comedia en tres actos, en verso y original, debida á la inagotable pluma del señor don Manuel Breton de los Herreros. Un plan sencillo, pero encaadenado con destreza y desenvuelto con maestría: caracteres originales y bien sostenidos, dialogo fácil, fluido, picante, escenas de sumo interés y del carácter mas cómico, abstracción absoluta de alusiones políticas y de circunstancias, forman de *Lo vivo y lo pintado*, una de las mas lindas y duraderas composiciones del señor Breton.

Ha querido imprimir en su comedia el sello de las de nuestro antiguo teatro, pero descartandola de las inverosimilitudes y lances embrollados que destruyen el efecto y causan á veces al espectador, y no solo ha llenado completamente su objeto, sino que armonizando gran parte de las leyes aristotélicas con las creaciones de la fantasia, demuestra practicamente la hermandad que existe entre todos los géneros cuando son manejados con talento y gracia.

A permitirnoslo la estension de nuestras columnas copiaríamos algunos versos que por lo lindos, fluidos, armoniosos y novedad en los conceptos que encierran, merecen una particular mencion; pero ya que los estrechos limites de nuestro periódico nos lo impidan, contribuiremos con nuestro débil aplauso á ceñir en las sienes del señor Breton la merecida corona que el público de Madrid le concedió llamándole á la escena.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.